

habla de vos, al mismo tiempo que me encarga algunos objetos.

»Solange está hecha una señorita.

»Creo poder asegurar que os sorprenderá ese cambio. Podrá ser también que ni sospecheis el valor del tesoro que me habeis confiado.

»Su educación, sin embargo, se ha retrasado tres meses á causa de su forzosa permanencia en el campo... cerca de Paris; y esto creo que no será ningún misterio para vos...

»Hace cinco semanas que dió á luz un niño. Lo ha bautizado con los nombres de Jaime-Oliverio... Fargeas, el apellido de ella.

»Está de vuelta en la calle de la Paz desde hace diez días, y puedo aseguraros que es la admiración de todo el mundo:

»Es sagaz como un hada; y con ó sin vuestra protección, sabrá ganarse la vida.

»Dentro de seis meses ya me contareis un cuento, siempre que para entonces no tengais las mismas razones para ser tan partidario de Italia.

»Vuestra muy adicta,

»FELISA.»

XXII

En efecto, el anciano marqués de Taunay había muerto.

Los avaros mueren tambien. Llegá un día en que no tienen más remedio que separarse de sus codiciados tesoros. Y eso que el señor

de Taunay abusó del derecho de hacer esperar á sus herederos.

Ya sabemos que desde hacia veinte años el viejo no había salido de Chevagnes.

Se enclaustró allí; y no se ocupó de otra cosa que de acumular dinero, cifrando en contemplarlo su mayor satisfacción; y no revelando á nadie, más que á sus dos hombres de confianza, Dionisio y Labranche, el secreto de lo que importaban sus economías.

Acababan de dar las nueve de la noche.

En el mes de Marzo, y en las montañas del Morvan, se vive aún en pleno invierno.

La temperatura era seca y fría.

Los habitantes, en un tiempo así, regresan á sus hogares á las cuatro y media de la tarde, y no salen hasta el día siguiente; á no ser que se hallen dominados, como Simon y su mujer, por la poderosa pasión de cazar en vedado.

A estos no les arredraba nada.

La consigna, en el castillo de Chevagnes, era levantarse temprano y acostarse temprano tambien.

Era una economía de luz.

Lo más que se permitían los criados del marqués era quedarse una hora ó dos, después de comer, jugando al dominó ó á las cartas en la cocina.

El señor de Taunay, envuelto en una bata, parecía un viejo abate.

Sobre una mesa colocada cerca de la chimenea había, además de la lámpara, gran cantidad de dinero colocado allí por Labran-

che, que se hallaba de pié frente á su amo.

—Decíamos que hay aquí sesenta y tres mil francos en billetes y veintisiete mil en oro.

—Sí, señor marqués.

El buen hombre acarició los billetes, los contó más de dos y tres veces con mucha calma, y luego entregó todo á Dionisio, que se hallaba sentado cerca de él al otro lado de la mesa.

—¿Está bien contado?—preguntó.

El ayuda de cámara contestó afirmativamente, y el marqués entonces se levantó, abrió una caja adosada á la pared, bajo un tapiz, en la cual había gran cantidad en papel, y después de guardar la nueva suma, cerró con cuidado la puertecilla de hierro.

En tanto, Dionisio, que había separado el oro, pesaba las monedas una por una en una balanza y las iba dejando todas sobre la mesa.

—Justo. Veintisiete mil—dijo.

El marqués tornó á sentarse, y hundiendo las manos en los montones de oro, gozaba lo que no es decible; pues el oro, y no los billetes, era lo que hacía sus delicias.

Después vació las monedas con precaución en un saco de cuero, y se lo entregó á Labranche.

—Llevad esto—dijole—vos que sois robusto. Bajemos, hijos míos. Vais á gozar de un espectáculo que no todo el mundo podría ofrecer; vais á contemplar montones y más montones de este metal, que realiza todos los

caprichos y con el cual es uno rey del mundo. ¡Vamos!

Labranche y Dionisio sabían el camino.

El anciano ayuda de cámara cogió una linterna y precedió al cortejo, alumbrando el trayecto.

El guarda, con el saco á la mano, iba detrás. Tropezó con un mueble. Las monedas sonaron como si fueran campanillas.

—No hacer ruido, amigo, no hacer ruido. Cuidado con despertar á nadie. Servidme con inteligencia, que no os olvidaré en el testamento, podeis estar seguro.

—Gracias, señor marqués.

Labranche estaba contento con su suerte; á pesar de que en otra época, durante los fastuosos tiempos de Chevagnes, fué víctima de ciertas ambiciones al ver mujeres hermosas é inusitado lujo; él también ansió riquezas; pero este afán fué pasajero.

Seguía á su amo, sin abrigar una mala idea.

A lo más, pensaba que con la modesta suma que llevaba, podría acabar tranquilamente sus días, y que si el marqués se la concediera en su testamento, ¿para qué quería más?

Los tres hombres atravesaron en el mismo orden una serie de corredores, subieron algunos escalones y bajaron otros, sin encontrar á nadie.

Siguió la procesión hacia el extremo del castillo y descendió por una escalera de caracol que parecía hundirse en las entrañas de la tierra.

No era muy larga, y conducía á una cueva abovedada, cuya puerta abrió el mismo marqués, valiéndose de una enorme llave que servía también para abrir una poterna, que daba al parque, colocada bajo una ventanilla, defendida ésta por un enrejado á través de la cual, cuando el viejo penetró con sus acólitos, penetraban los pálidos rayos de la luna.

Labranche y Dionisio que llevaban á cabo esa peregrinación algunas veces al año, no ignoraban, como es consiguiente, ningún detalle.

Al entrar, el avaro respiró con satisfacción.

Sacó del bolsillo un manojito de llaves é introdujo una de ellas en la magnífica cerradura de un arca de hierro, tan sólida, que solo á fuerza de hachazos la hubieran podido derribar.

El arca estaba además oculta por una cubierta de madera que le daba toda la apariencia de un armario antiguo, allí olvidado y enmohecido, de tiempo inmemorial.

Cuando el arca quedó abierta, el golpe de vista fué deslumbrador; los visitantes estaban ébrios de admiración; la luz de la linterna daba de lleno en la masa de oro; parecía todo aquello la realidad de las más fantásticas descripciones de *Las mil y una noches*.

El viejo, inmóvil, no hacía más que sonreír. Sus ojos brillaban extraordinariamente.

—¡Es horrible tener que dejar todo esto! Mis economías!—exclamó suspirando.

—Serán para vuestro nieto—objetó Dionisio con acento paternal.

—¡Para él ó para otros, qué me importa!—repuso el viejo con acritud.—Sí, soy codicioso. No me he tomado jamás el trabajo de ocultar mis defectos, señor Dionisio. No soy como vos, que aparentais ser el más virtuoso de los hombres, ¡y sois un Tartufo!... Labranche—repuso después de nueva pausa—vacía el saco... sin ruido, hombre, sin ruido. ¡Prudencia!

El guarda se adelantó y vació en la caja todo el oro que contenía el saco.

Al escuchar el ruido que producían las monedas al chocar sobre el hierro del arca primero y luego al reunirse á las demás, empujadas por la huesuda mano del avaro, exclamó éste:

—¡Ah, Dionisio! Si uno tuviera veinticinco años, ¡cuántos placeres podría proporcionarse mediante la cantidad que hay aquí! ¡Cuántas voluptuosidades! ¡Cuántos goces! ¡Qué de conciencias puras dejarían de serlo! Pero ¿dónde está la juventud?

Y juntaba las manos en ademán suplicante, frente al arca, cual si rogara á Dios que le devolviera la juventud.

—¡Y tener que morir pronto!—gruñó desesperado.—Vámonos.

En el momento mismo de ir á cerrar la caja fué presa de un temblor convulsivo. Se le contrajo la boca, hizo una mueca espantosa, los ojos se le dilataron de repente y lanzó un grito.

Dionisio lo recibió en sus débiles brazos, y no pudo hacer más que amortiguar la caída.

El guarda le miraba con espanto.

Comprendió en seguida que aquello era el fin.

La muerte repentina podía ser un desastre para él.

Si no había testamento, todo estaba perdido.

Su avaricia despertó.

Pero el ayuda de cámara era un impedimento y un peligro.

Si el viejo castellano distaba mucho de ser perfecto, Dionisio había envejecido á su lado y le era adicto por la fuerza de la costumbre.

—¿Qué teneis, señor?—le preguntó.

—Que me ahogo—contestó el amo.

—Labranche—exclamó Dionisio,—abrid la puerta; que entre más aire. Pero todo es inútil... ¡el señor se muere!

El guarda acercó la luz al rostro del moribundo.

El jefe de la poderosa casa de los Taunay espiraba.

Dionisio, arrodillado junto á él, espiaba sus últimas convulsiones, mientras que en pié, cerca de los dos viejos, el uno cadáver y el otro próximo tambien á morir, y al cual no había más que extender la mano para derribarlo, atraído, fascinado por los montones de oro, se hallaba Labranche acariciando una diabólica idea.

El oro despertaba su avaricia.

olamente él y Dionisio se hallaban ente-

rados, si no de la existencia, del escondite al ménos de aquel oro.

Y despues de todo, Dionisio y él podrian repartirse el hallazgo; pero Dionisio era honrado y adicto á los Taunay.

Además, las pasiones ya no podían prender en aquel corazón helado por la nieve de los años, en aquel cuerpo débil y achacoso.

Intentar corromperlo, fuera como querer adulterar el agua de un río con un átomo de veneno.

Pero no pudiendo hacer de él su cómplice, podría hacerle su víctima.

Nada más fácil. Todo favorecía el intento; la soledad, el sitio, la hora.

Titubeaba, no obstante.

Esas ideas pasaban como relámpagos por su imaginación...

Era preciso tomar un partido.

El marqués había muerto. Nada más cierto.

Dionisio se disponía á levantarse, á salir de la cueva y llamar para que acudiese la gente toda del castillo.

El guarda, tembloroso y pálido, se echó sobre el criado, y lo ahogó.

Dionisio no dió un solo grito.

Amo y sirviente yacian inanimados el uno al lado del otro.

Labranche quedó, pues, dueño del tesoro.

Por impulso fácil de comprender, su primer sentimiento fué de horror.

¡Era un asesino! Y maldijo á aquel avaricioso que tan pronto le había transformado en un bandido digno del cadalso.

Mas luego, la importancia del fin, la enormidad de la suma y el instinto de conservación, reanimaron su energía.

Aquél dinero era suyo. Nadie podría disputárselo; pero era indispensable ponerlo en sitio seguro, y desde luego evitar sospechas, que no faltarian, si se atribuyera la muerte del marqués y la de su sirviente, á un crimen.

Y en un instante lo decidió todo.

Cargó con los dos cadáveres, y fué con ellos por donde habian ido media hora ántes.

Para no hacer el menor ruido anduvo con los piés desnudos.

Nadie turbó su faena.

Quando llegó á la habitación del marqués, dejó el cuerpo de éste extendido sobre la alfombra, á los piés del sofá, donde solía descansar; y lo puso de manera que todos creyeran que allí mismo le sorprendió el ataque; luego hizo lo propio con el criado; pero á este lo colocó boca abajo, cerca de su amo, como si le hubiera acometido el mismo mal al ir á socorrer al marqués.

Todo estaba en el mayor orden en la habitación.

Las alhajas del señor de Taunay, el dinero esparcido sobre el *bureau*, los muebles, todo, en fin, en su lugar.

Labranche respiró. Cerró la puerta sin hacer el menor ruido y volvió á la cueva. En el reloj del marqués daban las diez.

XXIII

Quando el guarda se halló solo, frente á las riquezas que tan súbitamente le convirtieron en un criminal, experimentó un temblor nervioso en todo el cuerpo.

¿Qué iba á hacer con aquella suma que la casualidad había puesto en sus manos? ¿Dónde llevarla? ¿Cómo disimular á los ojos de todos la existencia de ese dinero tan culpablemente adquirido?

Le dominaba esa inquietud propia del ladrón, que en todas partes cree ver delatores. De repente se dió un golpe en la frente.

Tenía una idea y era preciso ponerla en práctica.

Cerró cuidadosamente la puerta de la cueva que daba al parque.

Hacía un frío glacial. Esta impresión le devolvió toda su energía.

Con todo género de precauciones depositó en el saco de cuero todas las monedas de oro que podía contener, lo ató fuertemente con una correa y se lo echó á la espalda.

Luego, provisto de una linterna, atravesó el parque y se encaminó hácia el bosque.

Anduvo durante tres cuartos de hora, abrumado por el peso del saco.

Al fin se detuvo en la cumbre de un moncillo, lugar inculto é inaccesible, y al cual solo llegaba algun cazador que otro; pero en Chevagnes apenas había Nemrods, y menos que se arriesgaran hasta allí.

La solemnidad de la noche, lo apartado y agreste del sitio, la claridad de la luna y el silencio que reinaba, impresionaron á Labranche.

Después de un instante de reposo, se puso de nuevo en camino, adelantó poco á poco, orientándose como podía, ayudado de la linterna, y llegó á una cueva subterránea, único vestigio de una antigua torre ha tiempo derruida, y que solo los muy ancianos conocieron. Se llamó la torre de *Perce-mousse*.

Pocos, pues, sabían la existencia de aquellas ruinas; y probablemente nadie más que Labranche y Fargeas, porque se lo oyeron decir á sus padres, se hallaban bien enterados de su existencia.

Separó, no sin trabajo, una enorme piedra y el ramaje que interceptaba la entrada, y penetró en el interior.

Era una cavidad informe, mas bien un precipicio que una cueva; escondrijo mas seguro y oculto, de fijo que no lo había.

El asesino derramó en varias piedras, después de arrinconarlas, la cantidad que llevaba en el saco, y sin tomarse el trabajo de volver á cerrar la abertura, salió y se puso nuevamente en camino para hacer un segundo viaje.

Como el trayecto hacia el castillo era cuesta abajo, y además iba libre de aquel peso enorme, corrió como un gamo y llegó en seguida al castillo.

A eso de las doce ya estaba de vuelta, car-

gado cual la primera vez, pero rendido por el peso de tantas riquezas.

A no ser tan absoluta su preocupación, hubiera podido escuchar ciertos ruidos, así como el extraño canto de ciertas aves nocturnas, y que el buho, al responder, se acercaba cada vez más á la cueva.

Ya se habrá figurado el lector que estos animales no tenían plumas.

La lechuza no era otra que nuestra conocida la *Bigornia*.

Y el buho, Simón.

Ambos, aprovechando la magnífica claridad de la luna, se hallaban ocupados en tender lazos á las liebres, á los ciervos y chivos, y sobre todo á los corzos.

La Simona era tan experta como su marido.

Este, apenas repuesto de la enfermedad, delgado y débil aun, no podía sustraerse á su pasión dominante.

Y noche tan clara como aquella no era para perdida.

Sin embargo, no era la necesidad lo que les impelía.

Gracias á los quince luses de Solange, no carecían de nada; pues en aquel país, quince monedas de veinte francos suponen un capital. Habían arreglado las ventanas y el techo. El resto de la casa seguía como antes; pero ellos no deseaban más.

Y cuando no se tienen necesidades, basta con poco.

Así es que tanto la mujer como el marido adoraban cada vez más á Solange.

Pero es justo añadir que odiaban más que nunca á Labranche, cuyo papel en la historia de la muchacha fué bastante censurable; y si ellos hubieran podido exterminarlo sin temor á más justicia que la del cielo, el guarda lo hubiera pasado mal.

Cuando Labranche hizo el segundo viaje, agobiado por el peso de las doscientas libras de oro que llevaba ya transportadas, teniendo que recorrer cada vez tres cuartos de legua para llegar á las alturas de Percemousse, la Simona se ocupaba en torcer el tronco de un arbolillo para servirse de él al colocar los lazos.

En cuanto oyó pisadas por el bosque, suspendió su tarea, é imitando el chirrido de la lechuza, para advertir á su marido, se echó cuan larga era en el suelo.

Cualquiera hubiese podido pasar á su lado y no la hubiera distinguido.

Y así sucedió.

Labranche, sin fuerzas ya, medio ahogado bajo el peso que le destrozaba la espalda, pasó cerca de la *Bigornia* sin verla.

Además no se acordaba ya de los cazadores furtivos, ni de perseguirlos á ellos ni á nadie; sólo veía el fantasma del viejo, traidoramente asesinado pocas horas antes.

La *Bigornia* le distinguió en seguida á los pálidos rayos de la luna.

Se quedó con la boca abierta, absorta de estupor, como si se tratara de un aparecido.

¿Qué saco sería aquel y qué contendría?

Le pareció oír el ruido que producen las

monedas de oro al chocar unas con otras; pero no podía darse exacta cuenta de nada.

Comprendía que allí había misterio, y se propuso penetrarlo.

Echada boca abajo en el suelo, arrastrándose como una culebra, con la cabeza erguida, escuchó los pasos del guarda, su enemigo, sin hacer el menor movimiento.

El se detuvo.

Y ella, arrastrándose siempre, le vió apartar las ramas que se hallaban á la entrada, y oyó caer sobre la piedra aquella, las monedas, que caían á la manera de un chorro de oro.

¿Qué significaba aquello?

Aquel hombre no era otro que Labranche; Labranche, que transportaba, en secreto, una riqueza. Pero no se explicaba nada más.

En seguida le vió salir de su agujero y pasar corriendo cerca de ella por el mismo camino.

Entonces fué cuando llamó á Simón, y cuando merced á la señal convenida, se reunieron.

Estaba tan realmente emocionada, que cogiéndole de la mano no pudo sino decirle:

—¡Ven!

Y cuando llegaron á la entrada de la cueva que Labranche había dejado abierta, añadió:

—Alumbra.

Simón sacó del bolsillo un cabo de vela y lo encendió con un fósforo.

Era hombre muy prevenido.

El estrecho subterráneo quedó iluminado por la luz de la bujía.

Al principio ni el uno ni el otro distinguieron nada.

—Busquemos—dijo ella.

Y con actividad febril registró por todos lados.

Al fin la luz cayó de lleno sobre el montón de monedas de oro que el asesino había ocultado allí.

Los *Simón* quedaron estáticos, sin moverse, fascinados, como quedó Labranche cuando el señor de Taunay abrió la caja.

La admiración les hizo enmudecer.

No apartaban la vista de aquel tesoro.

Sin embargo, no por esto olvidaron que debían ser prudentes.

Labranche tenía que volver sin duda alguna.

—Corría—dijo la *Bigornia* hablando del guarda—como si le persiguiera la justicia. Ese ha dado un mal golpe.

La antigua criada no carecía de lógica.

—Ha robado á su amo—contestó *Simón*.

—¡Cáspita!

—Es lo probable.

—Sabes—repuso ella, bajando mucho la voz, que esta sería una gran ocasión para vengarnos?

—¿Cómo?

—¡Qué hombres estos! ¡No adivinan nada!

—¡Podrá ser!—exclamó *Simón* sonriendo débilmente.—Pero es peligroso lo que pretendes.

—Vamos, hombre, no seas tonto.

—Si al menos tuviera aquí la escopeta.

—Tienes un cuchillo. La escopeta produce ruido, y eso no conviene. Piensa, *Simón*, en lo bien que podríamos pasarlo con la centésima parte de ese dinero.

—Ya lo creo. Pero sabes muy bien que nosotros no podemos ser ricos. Tratarían de averiguar en seguida la procedencia de semejante fortuna. Los luses no caen de las nubes; no tenemos nadie á quien heredar. Y luego...

—¿Qué?

—Que prefiero cazar en vedado. La liebre es de quien la mata; pero yo no quiero robar.

—¿Te aconsejo esto acaso? No se trata de robar. El dinero quedará ahí. Si es del marqués, él vendrá á buscarlo. Más tarde, ya se verá. Sabremos el secreto. Siempre es bueno poder decirse que en caso de necesidad no ignora uno dónde hay centenares de miles de francos que le esperan. La ocasión, la buena, es hacer lo que hemos pensado tantas veces.

La *Bigornia* bajó más aún la voz.

Habló largamente.

El de la fragua se resistía.

Al fin se encogió de hombros. Estaba vencido.

—Tú lo quieres—dijo—sea; yo no te niego nada.

Ella hizo un gesto terrible, el de estrangular á un hombre con un lazo.

—Eso se puede hacer—contestó lacónicamente *Simón*.

—Apostaría cualquier cosa á que lo habías pensado.

—Sí.

—¿Dejarías de ser quien eres!

—Dices bien.

—Espera.

El, acostándose boca abajo, aplicó el oído al suelo.

—Me habré equivocado—dijo.—Pero me pareció...

—¿Qué?

—Que se oye ruido en el camino. Pero á mucha distancia...

—No ha tenido tiempo aun—objetó ella,—á no ser que tenga alas. Tiene que estar en el castillo todavía, sacando más oro; y el castillo está lejos. ¡Tenemos tiempo!

Simón se sentó en una piedra, mientras que su mujer se ocupaba en arreglar un nudo corredizo, faena que no dió por terminada hasta que consideró infalible el éxito.

—Puesto que esto aprisiona bien un ciervo, bien podrá sujetar á un hombre. Y el hombre de quien se trata nos ha hecho demasiado daño para que deje *de caer en el lazo*. ¡Fuera imperdonable que le permitiéramos gozar de esas riquezas que esconde con tanto afán! ¿Cuánto calculas tú que podrá haber ahí?

—No lo sé—dijo Simón con indiferencia.

—Chitón.

Se oía, efectivamente, un ruido que venía de lejos.

Cualquiera diría que se acercaba un carruaje.

Marido y mujer se echaron al suelo, el uno á la derecha, la otra á la izquierda de la abertura de la cueva.

El sujetaba en la diestra un cuchillo.

Al mismo tiempo, ella apretaba el lazo con la siniestra.

—Si cierra la puerta—dijo Simona,—será señal de que ha terminado la faena y no vuelve. Si no, es que tiene que venir de nuevo.

—Bueno.

El ruido que los Simón habían oído, no era de un carruaje, sino de un carretón que el guarda iba empujando hácia delante.

Pensando que la tarea de trasportar el dinero no era cosa fácil, llevando los sacos á la espalda, decidió buscar aquel vehículo que halló sin dificultad, y colocó dentro el resto del dinero.

Pero el trabajo no era menos rudo, pues la carreta pesaba mucho y el camino era dificultoso para poderla empujar fácil y prontamente.

Así es que al llegar al montecillo, el hombre estaba rendido.

—¡Ya acabé!—exclamó, terminando de vaciar sobre la piedra todo lo que contenía la carreta.

¡Era su sentencia la que acababa de pronunciar!

No tuvo tiempo de levantarse.

Sintió en el cuello algo así como un latigazo, é intentó ponerse en pié.

La *Bigornia* le había cogido en la trampa. Simón, al mismo tiempo, poniéndole una

pierna en el pecho, le amenazaba con el cuchillo.

La luna, próxima á desaparecer, iluminó con su pálida claridad aquella salvaje escena.

Labranche tenía una fuerza hercúlea, que el terror paralizó.

No se dió cuenta de la naturaleza del peligro que se cernía sobre él de improviso, y creyó que aquello era un castigo de Dios.

—¡Piedad!—exclamó.

—¡Cállate, bandido,—dijo el herrero—ó te mato!

—¡Simón!—balbució el guarda.

—Sí, yo. ¡Te expiábamos, ladrón! Nos has hecho mucho daño, y has de pagarlo. Ya eres nuestro. Estás cogido como una liebre, y no te escaparás. ¿Qué dinero es ese que escondes ahí? ¡Lo has robado! No se corre de noche como corres tú, cuando se tiene la conciencia tranquila. Dí la verdad.

El guarda se tranquilizaba al escuchar á Simón.

Reflexionó. ¿Por qué no habían de entenderse?

—Ante todo, suéltame—dijo—y hablaremos.

—¡Para escaparte!

—Puedo enriqueceros, daros cuanto exijais.

—¡Confiesas! Acabas de robar á tu amo.

—Ha muerto.

—¡Lo has matado!

—No, lo juro; el marqués ha fallecido. Nadie lo sabe aún. Luego este dinero es mío;

nadie más que nosotros conocemos su existencia. Tomad, pues, la mitad.

—Puesto que podemos tenerlo todo—gruñó la mujer,—no te dejes engatusar, Simón.

—Pues bien, quedaos con todo y dejadme—dijo el guardia.

—Miserable ladrón—dijo Simón animándose;—no necesito de tu botín, ni es eso lo que busco.

—¿Entonces, qué quieres?

—¡Tu vida! Y vas á morir. ¡Yo no robo; me vengo!

—Muy bien dicho, Simón—gritó la mujer. Labranche se consideró perdido.

Había en la voz de la *Bigornia*, en su amenazadora actitud, una rabia cruel, implacable.

El guarda hizo un esfuerzo sobrehumano. Levantóse de un salto y con sus férreos dedos sujetó al cazador por la garganta.

Pero el lazo estaba bien tendido.

La Simona tiró de un extremo con todas sus fuerzas.

No era una mujer, sino una furia.

—¡Mátalo, mátalo!—exclamó.

El cordel cortó la piel del cuello y ahogaba al guarda, que procuraba defenderse.

Labranche lanzó un último quejido y cayó de espaldas.

La *Bigornia*, cebándose en su presa, le estrangulaba, ebria de cólera, loca de odio. El desgraciado dió un ronquido, clavó las uñas en tierra, y después de varias convulsiones, expiró.

Simón, sudoroso, sofocado, se desabrochó la camisa para que el aire frío de la noche refrescara su pecho.

—¡Eso de matar á un hombre, aun cuando sea un enemigo, es muy duro!

Y guardó el cuchillo, que no había usado.

La *Bigornia* miraba con expresión de triunfo el cadáver del guarda.

—¡Anda, que ya no nos procesarás más!... ¡Adulador de aquel á quien robaste ese caudal!

—Ya está arreglado—dijo lacónicamente el herrero.—Ocupémonos ahora de lo demás.

Serían las dos de la madrugada.

A la luz de la linterna del miserable Labranche, registraron la riqueza escondida en la gruta.

El arca de hierro del marqués quedó vacía; lo que Labranche robó podía calcularse en un millón doscientos mil francos.

Simón no daba valor á aquello.

—¿Qué nos importa—dijo—si el dinero no es nuestro?

—Sí—repuso ella—puesto que sabemos dónde está.

Simón no perdía tiempo en tales cosas.

La codicia no le tentaba.

Cubrió aquella inmensa cantidad con tierra y arena; el tesoro quedó completamente oculto hasta para el mejor investigador.

Borró además la señal de las pisadas.

Y ayudado de su mujer, porque él estaba muy débil, puso las piedras tal como La-

branche las encontró, tapando el hueco de la cueva.

Así es que resultaba imposible ni sospechar siquiera la lucha allí entablada y el drama, verdaderamente salvaje, que acababa de tener lugar.

—¿Y qué vamos á hacer de este maldito?—preguntó Simón.—Es preciso deshacerse de él.

—Las fieras se encargarán de ello—dijo la *Bigornia*.—Llevémoslo léjos.

—¿Dónde?

—Sígueme.

Levantó el cadáver por los pies, y él por la cabeza, y lo colocaron en el carretón, que ella guió.

—Yo lo llevaré; tú estás aún muy débil. Ven y dedícate á aguzar el oído.

Y así anduvieron una legua á través del bosque, obligados á detenerse á cada instante, tanto para descansar como para prestar atención al menor ruido que creían oír.

Nada turbó tan terrible caminata.

Se detuvieron al fin en un lugar impenetrable, como las profundidades de un bosque virgen.

—No cortarán madera hasta dentro de ocho años—dijo Simón,—y para entonces ya habrán dado buena cuenta de esto los lobos.

—Antes de ocho días ya habrán limpiado bien sus huesos—añadió la *Bigornia*, inflexible en su aversión.

Simón precipitó cadáver y carretón en aquellas profundidades.